

RESEÑA

***Literatura para construir una nación.
Estudios sobre la historiografía
literaria en España (1779-1850).***
**Comellas, Mercedes, coord. Prensas de
la Universidad de Zaragoza, 2023.**

Juan Jesús Payán

Lehman College – City University of New York

Contemplado a una distancia justa, todo panteón canónico admite la herencia o los despojos de una historia. Toda historia a su vez, como telar de un discurso de historiografía, podría, a continuación, desmadejarse, dejando visible la trama compleja donde se muestran, entrecruzados, confundidos o en tensión, factores identitarios, ideológicos y geoculturales. A los sectores nostálgicos del orden (esto es, del orden que les fue dado vivir o internalizar, para la comodidad de determinadas inercias y privilegios), nada les agradaría más que afincarse a perpetuidad en la ficción de una narración transparente y objetiva, saturar de verdad de fe cuanto nos llegara un día como saldo interesado del pasado. No obstante, para desagrado de tales sectores, la historiografía no es -nunca lo fue- un discurso neutral, sino, por el contrario, un vocero y contrafuerte de dinámicas cambiantes de poder. Inscrita en precisas coyunturas, con intereses precisos, la historiografía ha ejercido con demasiada frecuencia como reflejo, abogado, excusa o justificación de límites y sesgos. Es así que, como huella dactilar fijada en barro, confiesa a menudo las manos que dieron forma a su materia.

Esto importa seguir recordándolo. De otro modo, ¿qué nos impediría seguir cayendo presos de nuestras propias ficciones? El examen general del presente aún es severo; aún nos admoniza sobre esta tarea pendiente. Como dan fe diseños curriculares, catálogos temáticos de oposiciones, listas de lectura de universidades y frecuentes instancias de la llamada cultura, la maquinaria naturalizada de la historiografía canónica sigue tan viva como el obstinado dios cuya muerte anunciara, desiderativamente, Nietzsche en vano. Mientras desde ángulos académicos diversos se intenta abrir un catálogo de voces, el replanteamiento crítico de este legado termina tropezando en el escollo inevitable de una historiografía dogmática, obstinadamente incuestionada. Es desde este punto de partida que el recorrido crítico que nos propone la Profesora Mercedes Comellas adquiere un enorme valor y relevancia. El volumen *Literatura para construir una nación*, partiendo de una noción de largo aliento del siglo XIX (1779-1850), explora de manera deslumbrante un capítulo formativo de la historia de España y pone sobre la mesa, como implícito centro de debate, la construcción nacionalista de la historiografía literaria que ha llegado hasta nosotros.

Difícilmente un trabajo de este tipo podría estar mejor en mejores manos que en las de la Dra. Comellas, profesora titular de la Universidad de Sevilla. Su sólida trayectoria así lo avala. De su vasta producción crítica vale rememorar, junto a las brillantes contribuciones a la obra y construcción autorial de Fernán Caballero (Cecilia Böhl de Faber), numerosas exploraciones de algunos nombres familiares del XIX, como José de Espronceda, Gustavo Adolfo Bécquer, Benito Pérez Galdós, aunque también de autores igualmente valiosos, aunque nos sean menos conocidos, como el humanista Baltasar de Céspedes. Mercedes Comellas posee no solo un extenso y profundo conocimiento diacrónico de la literatura española, sino una admirable estamina y una aguda mirada crítica que la hace ideal para liderar un proyecto de este calibre.

La penetración con la que trabaja Comellas es visible desde la ilustración que abre el libro. Por medio de una fotografía en blanco y negro, el libro nos muestra al pintor Marcelino Santa María ante su lienzo *El triunfo de la Santa Cruz en la batalla de las Navas de Tolosa*. En un guiño a la tradición de Diego de Velázquez y el Greco, la imagen nos ofrece, superpuestos, dos planos de realidad: el del artista frente a su obra y el del referente representado. La instantánea por un lado, nos hace testigos del acto de creación del pintor decimonónico, cuyo rostro se vuelca, cómplice y teatral, hacia el encuentro de sus espectadores; de otro, exhibe un amplio lienzo, donde se muestra, idealizada, la victoria católica en la batalla medieval de 1212, un episodio fundamental en el mesiánico discurso de la llamada Reconquista. A modo de dintel, esta ilustración funciona como recordatorio visual del eje temático que vertebrará el volumen, pues nos advierte sobre el carácter construido de la historia, hasta qué punto figuras del XIX como Santa María han llegado a definir nuestra relación con el pasado. Entre nosotros y la batalla representada media un lienzo,

un pintor y una fotografía: entre nuestra mirada en presente y los hechos históricos media el velo o sesgo de su representación.

Aun cuando el volumen no hace hincapié en el valor mediado de la historiografía canónica, sí hace de esta conciencia un elemento integral y revelador. Literatura para construir una nación no centra su cometido en una crítica disolvente anticánónica, sino que se limita a un objetivo, no por más delimitado, menos urgente: el de explorar, de la manera más objetiva posible, cómo el largo siglo XIX dio forma a discursos de la historia literaria aún vigentes y cómo esta estableció lazos fundamentales de conexión con el discurso de construcción identitaria en España. En palabras de la coordinadora, *Literatura para construir una nación* “[a]borda los inicios de la historiografía literaria española para observar la estrecha relación que mantuvo con la creación de la identidad nacional entre los lustros de finales del siglo XVIII y especialmente en la primera mitad del XIX” (14). Dicho planteamiento, quizá, también requeriría de una inversión subsiguiente, pues del mismo modo que la historiografía literaria sirvió como contrafuerte de discursos de creación nacional, estos últimos ejercieron, hasta casi nuestros días, como faros de visibilidad (e invisibilidad) de la historiografía literaria en cuestión.

El volumen consta de un prólogo realizado por la coordinadora y de cuatro secciones que rastrean, respectivamente: una visión panorámica de los proyectos historiográficos desarrollados durante la Ilustración y la primera mitad del XIX; el papel desempeñado por la crítica británica, alemana y de diversos viajeros no españoles en relación a tradición medieval y siglodeorista española; el rol crítico desempeñado por literatos relevantes durante este período; y el proceso de construcción del Cid como ícono del nacionalismo español. En total, el volumen da acogida a once autores y reúne doce trabajos.

La publicación arranca con fuerza por medio del prólogo de Mercedes Comellas. Con una concisión ciertamente admirable, la autora dibuja los contornos que han dado forma a la historiografía literaria española producida durante el largo siglo XIX. Su texto arranca con el vínculo establecido entre el proyecto ilustrado y la necesidad de diseñar un discurso historiográfico. Tras señalar una deuda con las críticas de José María Pozuelo Yvancos, la autora revisa la genealogía de impugnaciones del canon que ha jalonado la labor de teóricos como Hans Robert Jauss, René Wellek, Gebhard Rush o Frank Lentricchia. Comellas revisa, a partir de los presupuestos de Perkins, una noción de la historiografía como ficción útil, que de algún modo remeda la complicada formulación de Van Wyck Brooks sobre el “pasado útil”. Tras mencionar el modo en que marcos teóricos y agendas nacionalistas han permeado el discurso historiográfico, Comellas apunta algunos de los hitos más señeros en la construcción peninsular de la literatura, como Luis José de Velázquez, José Andrés y Alberto Lista. Junto a la (re)invención de la Edad Media como momento definitorio del espíritu nacional (Volkgeist), se hace obligatoria mención al papel desempeñado por la literatura de romancero y al panteón del Siglo de Oro (Cervantes, Lope de Vega y Calderón de la Barca).

Con toda justicia, el prólogo de Comellas cede la voz a Leonardo Romero Tobar, uno de los grandes titanes de la crítica peninsular y una de las grandes eminencias de los estudios decimonónicos. El autor expande el viaje iniciado con nuevos hitos, la creación de la historiografía literaria de este período. Su texto realmente funciona como un segundo prólogo o introducción panorámica, al tiempo que oficia como un relevo entre los grupos de investigación de Zaragoza y el de Sevilla (SILEM II), liderados respectivamente por Romero Tobar y Comellas. A continuación, Rosa María Aradra propone un mapa disciplinar basado en el papel que desempeñaron poética y retórica en las historias literarias del largo siglo XIX. Su rastro añade, junto a algunos nombres habituales de la teorización dieciochesca, como Ignacio de Luzán, José Luis Velázquez o Juan Andrés, los de otros críticos fundamentales como Gregorio Mayans y Siscar, Antonio de Capmany y Montpalau, Francisco Sánchez Barbero, José

Mamerto Gómez Hermosilla y Antonio Gil y Zárate. El eje que amalgama literatura, historia y nacionalismo prosigue, ya desde una óptima abierta al iberismo, en el trabajo de Santiago Pérez Isasi. Como ya enunciara en su brillante tesis doctoral, el investigador enlaza aquí con las ideas de José María Pozuelo Yvancos, Leonardo Romero Tobar y José-Carlos Mainer, y las entronca con la teoría de polisistemas de Itamar Even Zohar. Tras la reciente publicación de su último libro, *La forja del canon. Identidad nacional e historia de la literatura española (1800-1939)* (Universidad de Murcia, 2024), Pérez Isasi consolida su más reciente producción como una referencia diáfana e insoslayable a la hora la constitución del canon literario español. Junto al valor temático, el autor incorpora una visión panorámica abarcadora y necesaria, pues ya no se limita a los siglos XVIII y XIX, sino que penetra en el siglo XX, hasta el golpe de estado del dictador de Francisco Franco (1939).

El segundo bloque arranca con un artículo de Edward Baker que pone la atención en el papel desempeñado por la crítica británica como estímulo fundamental en la revalorización interna del canon peninsular. Carmen Alzada Borrillo desplaza a continuación la mirada exógena hacia el territorio de la crítica alemana, con tres figuras destacadas como Johann Andreas Dieze, Friedrich Bouterweck y Friedrich Schlegel. Finalmente, Manuel Contreras Jiménez, concluye este viaje por el impacto exterior en la construcción propia del canon peninsular con el análisis del impacto que la obra de viajeros europeos en España tuvo sobre las perspectivas nacionales de la historia literaria obras durante este período.

El tercer bloque, en su primera sección, gira en torno a la influencia crítica de que gozaron tres autores destacados del XIX: Manuel José de Quintana, Antonio Gil y Zárate y Antonio Alcalá Galiano. Estos escritores, respectivamente, se ven atendidos con brillantez por Rodrigo Olay Valdés, Xavier Andreu-Miralles y Raquel Sánchez. Estimo que cada uno de tales artículos figura como un referente fundamental para cualquier exploración sobre estos tres autores, especialmente en su influyente dimensión como curadores de la cultura. Quisiera con todo detenerme un poco más en el trabajo de Andreu-Miralles, pues, su artículo es, desde mi humilde punto de vista, el que conlleva repercusiones de campo más profundas y abarcadoras. Como es moneda corriente en su vasta producción investigadora, Andreu-Miralles lega en sus páginas más que un mero comentario sobre el papel de Gil y Zárate. El profesor de la Universidad de Valencia utiliza la dimensión crítica del dramaturgo y pedagogo madrileño para elaborar una revisión matizada y brillante sobre el modo a menudo simplista con el que se contraponen el tradicionalismo peninsular y aquellos autores vinculados al movimiento liberal en el exilio (Blanco White, José Joaquín de Mora, Francisco Martínez de la Rosa). En uno de sus cuestionamientos mejor planteados, Andreu-Miralles demuestra, lejos de una idealización del pasado andalusí, los sesgos carácter procatólico y nacionalista que aún permeaban incluso los discursos del progresismo decimonónico. Con ello, aporta una mayor complejidad y dinamismo a los planteamientos de Jesús Torrecilla sobre la idealización andalusí como contradiscurso nacional del lado liberal. Mercedes Comellas cierra este segundo bloque con un viaje transnacional que, de algún modo, sirve de cierre al bloque segundo y tercero del volumen. Comellas repasa aquí el impacto crítico de figuras del calibre de Percy B. Shelley, Víctor Hugo y Antonio Ros de Olano. Se agradece en este sentido que en su panorama rijan con igualdad no solo Shelley y Hugo, sino también un Ros de Olano cuya obra sigue siendo inmerecidamente desconocida por el gran público o la crítica extranjera.

Finalmente, el libro se cierra con un extenso estudio, de unas noventa páginas, de Isabel Román Gutiérrez sobre el “redescubrimiento” del Cantar de Mio Cid y su vinculación a la mitificación nacionalista de su héroe protagonista Rodrigo Díaz de Vivar.

Literatura para construir una nación supone una valiosísima contribución al, a menudo, soslayado campo de la construcción de la historiografía literaria. Se trata de un libro realmente útil para cualquier investigador

interesado en las intersecciones entre historiografía, canonización y nacionalismo a lo largo del XIX. El caso español, como territorio posthegemónico, culturalmente dependiente en el este período, supone un escenario singular de inquisición, pues, junto a puntos de contacto con literaturas periféricas, ofrece una postura de nostalgia imperial realmente distintiva. Asimismo, para cualquier investigador interesado en los perfiles críticos de diversos autores este volumen aporta una mirada actualizadora indispensable. Además, el libro está magistralmente escrito y editado.

Si acaso mi única esperanza, que no crítica, es que en publicaciones futuras este tipo de volúmenes haga un esfuerzo más explícito a la hora de conectar sus planteamientos de análisis históricos desde una escala más global, con la consideración de dinámicas geoculturales, como las que plantea Michael Iarocci ya en 2006 (*Properties of Modernity*) y que explican el posicionamiento de la plana mayor de autores peninsulares, especialmente en los siglos XVIII y XIX, en conciertos evaluativos más amplios. De otro modo, no solo se pierde un ángulo de cuestionamiento realmente importante, sino que se desatienden las causas de las que proceden las respuestas críticas y literarias de este largo período. Sin examinar las ansiedades de “imitación colectiva” (por usar la feliz expresión de Jesús Torrecilla de 1996) y sin considerar el impacto que tuvo la defenestración cultural de lo español en el concierto europeo a partir del XVIII (condición *sine qua non* de la nueva modernidad implantada por el norte europeo a partir de esta centuria) difícilmente se puede entender el modo en el que el reaccionario nacionalista vino a definir las pautas de construcción de la historiografía canónica española o el estatus de relativa marginalidad o no-universalidad en el que sus autores han terminado cayendo.

La voluntad de separación del artista decimonónico, el requisito de su diferencia respecto a los nuevos dictados de la cultura (asentados en el norte europeo a partir de la segunda ola de modernidad) no debe leerse como un hecho molesto y accidental, sino que emana como resultado lógico de unas cartografías preestablecidas de prestigio (como las que existieran antes de este período, por cierto, y las que seguirán hoy y en el mañana). Entenderlo es aceptar el carácter construido de la historia literaria. Es aproximarse con sabiduría a la coyuntura peninsular del largo siglo XIX: con plenitud, sin complejos e idealmente sin orgullo. Es ver nuestra literatura sin el filtro bombástico del “patrioterismo” o sin el prejuicio de validaciones exógenas. Independientemente de que las respuestas artísticas o teóricas del momento satisfagan el gusto impuesto por el canon transnacional en nuestros días, no hay modo razonable, a mi juicio, de entender y sopesar el carácter de la producción literaria o crítica del XIX sin primero atender a esta dinámica macroestructural, sin el beligerante escenario que, como señalaba Pascale Casanova, domina la república de las letras. El efecto de esta estructura, lejos de motejarse como excusa, fue un factor muy real, al punto que, salvando las distancias, nos confronta con reacciones parcialmente análogas a las experiencias post-coloniales. No era, por tanto, caprichoso el obstinado *non serviam* español que pregonaba la cultura de esta época. De ahí que las claves que apunta Andreu-Miralles sobre los ángulos sesgos compartidos por liberales y tradicionalistas, adquieran pleno sentido, pues sin distinción ideológica, ambos sectores compartían un proyecto de reconstrucción nacional volcada en lo literario, cuyo espacio de lucha, ingenuamente, se concebía como fuerza de cambio en lugar que como consecuente de las dinámicas de poder. La distancia crítica necesaria para entender este fenómeno solo es posible a partir de una conciencia del lugar de enunciación desde el que se consolidan los paradigmas de valor durante este período (y también de manera retroactiva, aún más adelante).

La publicación del volumen coordinado por Mercedes Comellas (*Literaria para construir una nación*), así como el brillante estudio reciente de Santiago Pérez Isasi (*La forja del canon*) apuntan de algún modo hacia una revigorización actualizada y necesaria de los planteamientos de los grandes maestros como Romero Tobar, Pozuelo Yvancos y Mainer. Reposicionan el carácter construido de la historiografía literaria como

centro implícito de debate. Nada podía ser más sano, a estas alturas, que un cuestionamiento crítico de las inercias historiográficas de la literatura española. Ojalá a partir de estas nuevas direcciones podamos romper con los estereotipos críticos que aún median entre nuestros juicios y las realidades literarias, artísticas y estéticas del XIX peninsular y, a su modo, del XIX hispánico.

ISSN: 1523-1720
NUMERO/NUMBER 51
Agosto/August 2024

CIBERLETRAS